

sis para publicar allí su poder y su bondad; pero yo puedo morir bien aquí; no sería malo morir aquí."

Nuestros lectores han adivinado ya quién era este obispo de los antiguos tiempos; un obispo francés, el santo y valeroso obispo de Mans, que prefirió exponerse al peligro de morir en la mar ó en algunos de los caminos de Francia ó Italia, á faltar al llamamiento del soberano pontífice, á la citada por la misma santísima Virgen. Y he ahí cómo saben nuestros obispos amar á María y trabajar y sufrir por su gloria.

Y ¿quién es ese anciano venerable, vestido de blanco, que marcha sostenido por dos personas, y va á sentarse en medio del senado de los cardenales? Abrumado por los años, y arrastrándose apenas, ¿qué viene á hacer en esta asamblea? Es un príncipe de la Iglesia, amado de los pobres, porque es su providencia á pesar de ser pobre él mismo; el amigo de Gregorio XVI, el ornamento del Sacro colegio por sus virtudes; es el cardenal Bianchi, que ha querido ir con el mayor trabajo á la fiesta, oír la lectura del decreto que colma sus deseos, asistir al triunfo de la Reina de la Iglesia, y después de haber oído proclamar por el Vicario de Jesucristo el dogma tan caro á su corazón piadoso de cardenal, retirarse, apoyado en los brazos que

lo sostienen, repitiendo sin duda en su corazón el cántico del santo viejo que acababa de ver al Salvador: *Nunc dimittis servum tuum.*

Después, mientras el soberano pontífice se desnuda de sus ornamentos sagrados, he ahí venir dos religiosos, dos superiores de la grande y santa familia del seráfico san Francisco, el general de los conventuales y el general de los observantes. Trae el uno en sus manos una rama de lises de oro; la del otro es de las mismas flores de plata; preséntanlas al santo padre, y le ruegan las reciba como un débil homenaje de gratitud de parte de la religion franciscana, por la nueva gloria que acaba de dar á la madre de los cristianos, á la especial patrona de su antiguo instituto, por la consagracion definitiva é infalible impresa á una creencia que ha sido siempre el mas caro patrimonio de sus doctores, de sus escuelas y de los muchos santos y bienaventurados que aquella ha dado á la Iglesia triunfante. Este tributo de amor es ofrecido con lágrimas por los piadosos hijos de san Francisco, y con lágrimas tambien lo recibe el soberano pontífice.

Pero no hay verdadera belleza en las fiestas de la iglesia católica si el pueblo no forma su principal ornamento. Hemos hablado de los príncipes de la Iglesia y de todas las clases del clero; hemos

visto á todos los órdenes de la santa jerarquía rivalizar en amor y celo; mas el pueblo, los fieles, ¿qué parte toman en esta fiesta? ¿No es á él á quien pertenece imprimirle su verdadero carácter? ¿Se han conmovido por ventura sus entrañas? ¿Es en realidad una creencia popular, universal la que va á definirse? ¿Los hijos de la Iglesia desean en efecto tanto como se pondera ver decretarle á María el título de Inmaculada en su concepcion? ¡Ah! La respuesta á esta cuestion está dada ya, ella se presenta aquí palpitando.

Ved ese inmenso gentio que desde las siete de la mañana se dirige á la antigua basílica del Príncipe de los Apóstoles, que llena sus vastas naves y hasta las capillas de ordinario tan solitarias, que se aglomera y renueva incesantemente.

Parécese á un flujo y reflujo continuo. Las anchurosas puertas de la basílica no bastan á esos millares de fieles que las invaden y embarazan. 30,000 personas segun los mejores jueces, se ven reunidas á un mismo tiempo en la Iglesia, y si se tiene en cuenta la muchedumbre que entra y sale incesantemente en ella desde las siete de la mañana hasta la una de la tarde, no baja de 70,000 el número de las que han tomado parte en la fiesta. Pero ¿qué recogimiento! ¿qué devocion la de tan gran muchedumbre! ¿Qué aspecto de satis-

faccion y alegría! ¡cuán cordiales son sus plegarias! El *Veni Creator*, el *Te Deum* ¡cómo les conmueven y les agitan! ¡Con qué ternura, con qué fe cantan estos himnos de invocacion y alabanza! ¡Y cómo llena las demás iglesias de la santa Ciudad el resto de la poblacion! ¡Qué tal se agita y apresura para preparar la iluminacion que debe trasformar la noche de este hermoso dia en un cielo sembrado de estrellas! ¡Cómo se prosterna y saluda á la Virgen sin tacha y sin mancilla al sonido de las campanas que anuncian la consagracion de tan grande acto! ¡Qué de cánticos sagrados se le dirigen en este instante de los conventos, de las familias, del secreto de los corazones!.....

Después llega la noche, y entonces es cuando estalla, cuando brilla con todo su esplendor la fe, la alegría del pueblo. Toda la ciudad se convierte en un templo elevado á María. Desde la víspera por la tarde, á pesar del agua, á pesar de la tempestad, millones de luces saludan á la aurora del dia pronto á aparecer; mas la noche de la fiesta, la ciudad es literalmente una ciudad de fuego; no se ve un balcon, una ventana, una buharda que no tengan sus lamparillas.

Las grandes arterias de la ciudad, el Corso, la Via papal, Ripetta son como rios luminosos; las plazas públicas, los monumentos, las iglesias sos-

tienen edificios de fuego. El Capitolio centellea, y las orquestas á cielo raso, saludan á nombre del pueblo romano, el triunfo de la Reina de los cielos, Reina tambien de la Iglesia y de Roma. Por todas partes no se ven mas que trasparentes, imágenes de María, inscripciones en honor suyo; en todas partes se lee la divisa: *María sine labe originali concepta*. Una inmensa muchedumbre recorre en todas direcciones la ciudad; toda la poblacion está en la calle, en las plazas, y sobre todo en San Pedro, cuya cúpula levanta en el aire una diadema centellante.

Diríase que una Providencia especial ha velado para dar á esta iluminacion, cuya magnitud y hermosura son conocidas, un brillo inusitado. Una negra nube, la única que habia en el cielo, que parecia quedar allí para recordar la lluvia, la tempestad de la víspera y de toda la noche precedente, formaba detrás de la cúpula un fondo sombrío y negro sobre el cual se destacaba admirablemente esta corona de fuego que la Eterna ciudad ofrecia á la Reina del universo. ¡Oh noche mas bella que el dia! ¡Oh pabellones de luces encendidas para alumbrar la fiesta de nuestra Madre! ¡Oh Reina de los cielos! ¡qué mas bella corona puede ofrecer la tierra?

.....

Tal ha sido la fiesta del 8 de diciembre en Roma, ó por decir mejor, tal ha sido una parte, la mas débil acaso de esta fiesta, que no perecerá jamás. Por lo demás, esto no es mas que el primer dia; el principio de las fiestas. El 10, otra solemnidad atraia hácia San Pablo *extramuros*, á toda la ciudad Santa; el papa, asistido de los 200 obispos y de todo el clero, debia consagrar la basílica del Apóstol de los gentiles, cuya dedicacion se hallará por este medio ligada con el triunfo de la Reina de los cielos. En la noche de ese mismo dia la academia *de los Arcades* debia celebrar en el Capitolio en la gran sala del senado, una sesion solemne, en la cual el cardenal Wiseman debió pronunciar un discurso en honor del misterio recientemente definido; y para el dia siguiente 11, la academia de la Inmaculada Concepcion habia anunciado otra sesion no menos brillante en la Iglesia misma de los Santos Apóstoles con el objeto de festejar el glorioso privilegio, cuyo nombre lleva, y cuya creencia ha siempre profesado. En casi todas las iglesias se hacen triduos. En una palabra, esto es una fiesta sin fin. ¿Y seria posible cansarse de cantar las glorias, de celebrar la victoria de la grande Reina de la tierra y de los cielos? De ningun modo, esta fiesta comenzada en Roma, se continuará en todo el mundo.

La campana de San Pedro comunicará su movimiento á las campanas de todo el globo, y hasta en los desiertos del Nuevo Mundo, y en los países mas remotos del antiguo, se repetirá, saludará y aclamará la palabra del soberano pontífice. En todas partes será celebrada y glorificada la Concepcion Inmaculada. Al pensar en esto, ¿quién dejará de esperar que se derramen sobre el mundo y la Iglesia los grandes bienes que los santos han pronosticado para la época que viese proclamarse el incomparable privilegio de María? ¿Quién podrá menos de creer que nuestra madre nos recompense con beneficios, los homenajes que nosotros le tributamos? ¿Quién podrá dudar que el aumento de gloria que acaba de recibir no sea para nosotros la prenda de un presente mejor y de un mas próspero porvenir? Tal ha sido la esperanza de los santos, tal la de Pio IX, de este pontífice santo, de este ángel de la Iglesia, cuyo pontificado será de hoy mas en adelante glorioso entre todos los que han anticipado el reino de María que han exaltado sus privilegios y excelencias.

Como memoria de la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion, Pio IX ha obsequiado

á cada uno de sus hermanos del Sacro Colegio y del episcopado católico con una medalla bendita formada de un oro que la Australia habia enviado como tributo á la Reina de las Virgenes, y un grabado conmemorativo de la proclamacion del 8 de diciembre. La medalla es muy bonita, aunque de un módulo pequeño: tiene de un lado la imagen de la Virgen inmaculada, y del otro la inscripcion siguiente: *Deiparæ Virgini sine labe conceptæ. Pius IX pont. max. ex auri australiæ primitis sibi oblati eudi jussit VI. id. dec. MDCCCLIV;* y en el exergo se lee: *Honorificentia populi tui.* El grabado no es menos hermoso: ha sido hecho en Roma y representa tambien á la Virgen inmaculada. Con la medalla y el grabado, cada uno de los cardenales, arzobispos y obispos ha recibido tambien un elenco que tiene por título las palabras siguientes:

CARDINALES S. E. R.
Patriarche, Archiepiscopi et Episcopi
in Basilica Vaticana
adstantes
Pio IX. Pont. Maxo
Dogmaticam Definitionem
de Conceptione Immaculata
Deiparæ Virginis Mariæ
Pronuncianti
inter Missarum Solemnia
die VIII Decembris An. MDCCCLIV.

El papa ha donado á la iglesia de San Pedro un cáliz de oro enriquecido con brillantes quitados á la silla de montar que le habia mandado de regalo el sultan.—La corona de oro con que ha sido decorado el cuadro de la Virgen ha sido donada por el cardenal Antonelli.—El soberano Pontífice para perpetuar la memoria de la proclamacion de la Inmaculada Concepcion, ha mandado que se levante una columna sobrepuesta de una estatua de María en la plaza de España, delante del colegio de la Propaganda: á este monumento se consagrará la magnífica columna de mármol que tiempo há está depositada detrás del palacio del patio de Inocencio. La ejecucion de la estatua y del monumento será confiada al escultor Obisi cuyo diseño está ya aprobado.

REFLEXIONES

Á PROPÓSITO DE LA DEFINICION DOGMÁTICA DE LA
INMACULADA CONCEPCION DE LA SANTISIMA
VIRGEN, POR EL PROFESOR FRANCISCO
COSTA, SACERDOTE ROMANO.

Como las clases inferiores de la sociedad y aun muchas personas de cierta educacion pueden no tener las nociones teológicas necesarias ó útiles para conocer en las circunstancias presentes, me he decidido, á invitacion de un amigo docto y piadoso, á publicar una instruccion breve y clara para el uso del pueblo cristiano, á fin de que aprecie mejor el beneficio que recibe y que se regocije de él segun la voluntad de Dios y la intencion de la santa Iglesia. Dividiré en cinco puntos principales lo que tengo que decir; expondré primero la